

Reencuentros y desencuentros: *El crimen de las tres efes*, de Ramón J. Sender

Por Antonio VILLANUEVA

Primer reencuentro: *El vado*


No hace mucho tiempo, la crítica senderiana descubrió una novelita olvidada del autor de Chalamera, titulada *El vado* y publicada en 1948, en Toulouse, en la colección "La Novela Española", que, con gran esfuerzo de sus promotores, intentaba el contacto de los exiliados hispanos con su público natural. Un gran hallazgo crítico, sin duda, máxime si atendemos a la calidad literaria de aquellas páginas felizmente recuperadas que anticipan, en mucho, el *Réquiem por un campesino español* y que, además, fueron reutilizadas por Sender en otra de sus obras maestras, *El verdugo afable*, de la que el crítico canadiense A. Edinborough dijo que se le antojaba una de las grandes novelas rusas del siglo XIX.

Un reencuentro policiaco: *El crimen de las tres efes*

La novelita que traigo ahora ante el lector, *El crimen de las tres efes*, no es un hallazgo tan afortunado como el que acabo de citar, en primer lugar porque su calidad literaria es menor y, después, porque más que de una obra recuperada, se trata simplemente de un texto sepultado por las cenizas del olvido. No obstante, me parece merecedor de algunas líneas, al menos por aquello de que, hasta el momento, que yo sepa, no ha captado la más mínima atención de los estudiosos, que ni siquiera se acuerdan de incluirlo en la relación de obras completas del autor. Olvido comprensible si tenemos en cuenta que *El crimen de las tres efes* no aparece publicado en volumen independiente, sino en el colectivo *Antología de las mejores novelas policiacas, 18ª selección*, Barcelona, Acervo, 1982, pp. 377-402.

La editorial Acervo publicó entre nosotros una serie de antologías novelescas (policiacas, de anticipación, del oeste...) con gran éxito de público, especialmente la del género detectivesco, de la que empezaron a acumularse volúmenes, hasta un total de 18, donde aparece el relato de Sender, junto a otros diez inéditos de autores españoles: R. Castellano, Noel Clarasó, A. Díaz Rueda, Fernando Díaz-Plaja, Francisco García Pavón, Ángel María de Lera, Adolfo Marsillach, Ángel Palomino, Luis Romero y T. Salvador. Se trata,

ANTOLOGIA DE LAS MEJORES NOVELAS POLICIACAS
11 relatos inéditos de

 R. CASTELLANO	 NOEL CLARASÓ	 A. DÍAZ RUEDA	 F. DÍAZ-PLAJA
 F. GARCÍA PAVÓN	 A. M. DE LERA	 A. MARSILLACH	 ANGEL PALOMINO
 LUIS ROMERO	 T. SALVADOR	 R. J. SENDER	18ª SELECCION

pues, de una novela de encargo, solicitada a nuestro autor por la responsable de la antología, Ana Perales. Encargo casi póstumo ya que, poco después de terminarlo, fallecía Sender en San Diego (16 de enero de 1982). La *Antología...* apareció unos meses más tarde del luctuoso suceso. No era la primera colaboración de Sender con la editorial barcelonesa, pues, en 1981, había publicado allí *La cisterna de Chichén-Itzá* que, según Francisco Carrasquer, es la última gran novela del autor aragonés.



Retrato de Sender por S. Capella

El crimen de las tres efes viene precedido de una presentación del autor, de indudable interés para el estudioso. En ella, lo más destacable es el sentimiento de euforia de Sender por el reencuentro con su público, tras más de treinta años de prohibición de la censura franquista. “Pero lo que me satisface del todo —nos dice— es la atención creciente del pueblo español que parece interesarse cada día más por mi modesta producción”. Pues claro que sí, don Ramón. Y merecidamente, además. En la presentación, se inserta también un retrato poco conocido del autor de *Crónica del alba*, obra del pintor Sebastián Capella, y que sólo he visto reproducido en una antología bilingüe prácticamente desconocida en España, aunque bastante popular en los ambientes universitarios norteamericanos, *Ramón Sender: selecciones de poesía lírica y aforística. Spanish text with English translation and introduction by Florence Williams Talamantes*, México, El Sol de California, 1974. Bien está que se recupere íntegramente a Sender, inclusive sus retratos más desconocidos para el gran público.

La narración utiliza la 3ª persona, aparentemente objetiva como el ojo de una cámara, aunque, en las primeras páginas, se nos dice, en 1ª persona, que el protagonista de la novela, un tal *Jack* o *Jacques* (con grafía inglesa o francesa), era un personaje secundario en otra obra del autor, *La mirada inmóvil*, publicada en Barcelona, por Argos Vergara, en 1979. Este guiño intertextual, donde el creador de mundos novelescos retoma como primer carácter a un secundón de una antigua obra suya, es tan viejo como la literatura y enlaza con la mejor tradición realista, con novelistas como Galdós o Baroja, de los que Sender se considera heredero, según ha dicho, tantas veces ya, la crítica académica.

El secundario es, ahora, como digo, centro de interés para el autor y los lectores. Y de eso trata, precisamente, *El crimen de las tres efes*. De individuos que quieren protagonizar algún acontecimiento significado, de personajes que no se resignan a permanecer en el anonimato. Enfermedad urbana que no afecta sólo a las criaturas de papel y se extiende, de día en día, a un mayor número de ciudadanos. Y si no, echen una ojeada al célebre *Libro Guinness de los Records* y verán cuántas absurdas plusmarcas, batidas por gentes aún más absurdas, con el único objetivo de aparecer en un libro que también podríamos considerar absurdo, sí, pero que es un excelente negocio editorial y un magnífico aparato —de fide propaganda— para propagar la nueva fe que a todos nos sacrifica en los altares del mercado.

El protagonista de esta novela policiaca es, pues, *Jack-Jacques*, a quien también le gusta fingirse *William Kline*, pero cuyo nombre real es Juan Pérez, más o menos hispanización del estadounidense *John Doe* (*Juan Nadie*), del que Sender habría oído hablar después de tantos años de trasterramiento en la nación americana. Enfermizo carácter con afanes estelares que juega a ser *Jack the Ripper*, *el Destripador*, aunque en realidad no sea más que un pobre diablo al que nadie toma en serio, ni siquiera la policía de Los Ángeles, a la que telefona insistentemente confesándose autor de todos los crímenes de mujeres habidos y por haber en la ciudad.

Como han señalado los críticos, en la narrativa senderiana, el nombre de los personajes decide casi siempre su destino. Y el de Juan Pérez no daba para trayectorias demasiado brillantes. Así que, finalmente, su historia acaba en suicidio, arrojándose el desgraciado desde lo alto de un rascacielos, en cuya planta superior había un restaurante llamado “El Bucanero”. La de Juan Pérez es la aventura fallida de un corsario intrascendente, de un aventurero de la banalidad.

Sabido es que a Sender le gustaba jugar con planos opuestos de la realidad: lo trágico al lado de lo cómico, la insignificancia junto a la virtud, la certeza acompañando a la incertidumbre... El meollo de la acción novelesca lo constituye la narración de un episodio real de asesinato. Porque al

inane Juan Pérez, falso autor de más de veinte crímenes, le ocurre como al zagal de la fábula, que de tanto fingir que venía el lobo, no fue escuchado cuando aquél vino de verdad. Así, por más que confiese Juan la autoría del crimen, la policía, vista su trayectoriaseudocriminosa y su esquizofrénica megalomanía, lo deja en libertad.

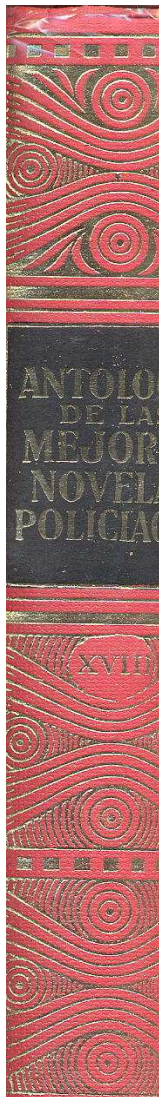
El peso de la culpa mueve al historia que la anula u obstaculiza; de queda limpio. La culpa no es expiada justicia (suicidio, locura, mala fondo ético, aparece en muchas obras pensamiento social: en *El crimen de español*, en *El verdugo afable*.

En la novela que supuesto, los celos. Fuerza vital virtuoso en pecador. Tema clásico de tratado en otras narraciones, como las doce *Novelas ejemplares de estoico y académico profesor Saint-sexual*. El inmaduro joven se adulto, capaz de asesinar por amor. O celos.

Algo similar le ocurre a Juan no ser tomado en serio, se va a Las ruleta. Casi sin querer, gana una las hembras propicias que deambulan (“risueña, rumbera y ruletera”), tan encantos de rubia teñida. Es una Sandra, en recuerdo de la novia de Sender conoció personalmente, según auténtico es Josefa. Su apellido, el de de que una cubana quiera ser como la llamaban en su tierra natal, con todo, nunca había sido tan feliz. ambos hablarse en español, prefieren bien, el inglés, por mor de las que cada cual representa y que uno

Pero a la brunirrubia le gusta las *tres efes* del título, y que son las fuerte y formal”. Alex, el *cop*, es también todo un *corp* (un *cuerpazo*), nos dice Sender, en uno de esos juegos de palabras que tanto le gustaban. William se siente celoso, pero Marilyn, que lo sabe enamorado, le saca cuanto puede y juega con sus sentimientos creyéndolo incapaz de represalias mayores. Se equivoca. Los celos transforman a cualquiera y al tímido Jack-Jacques, asesino delirante, lo convierte en frío ejecutor cuando obtiene confirmación de la infidelidad de su amada. Él piensa así, eliminado su rival, en convertirse en el hombre de las *tres efes* para su Marilyn Sandra. Pero ella ya ha hecho reparto y a Juanito le toca en suerte ser el amante de las *tres ges* (“guapo, guarango y guitarrero”). Así que la bella sigue buscando su príncipe azul, el hombre que reúna los viriles requisitos de “efebo” que ella exige. Por supuesto, mientras lo encuentra y no, continúa aferrada al amor seguro y proveedor de Juan quien, finalmente, exasperado al comprobar nuevas infidelidades de su doncella, le confiesa, en un rapto de furia posesiva, que él ha sido el asesino de Alex. También corre a decírselo a la policía que, como dije, lo deja pronto en libertad, ignorando su confesión. Harto de todo, asqueado del sexo débil, en un último intento desesperado, Juan-William-Jack-Jacques va a Hollywood para encontrarse con un antiguo amor. Pero la dama se ha casado y es feliz al lado de otro hombre.

De modo que Juan Pérez, verdugo fingido de tantas mujeres, es al final víctima de ellas y por ellas acaba tristemente, arrojándose al vacío. Quedan detrás de él sus fantasmas onomásticos, sus “quiero y no puedo”, sus desdoblamientos de personalidad. Y también un desquite: el de protagonizar



culpable a la confesión; pero algo hay en la manera que, sin confesión, el penado no y la narración reestablece de otro modo la conciencia del criminal). Este esquema, de senderianas, como una constante de su *las tres efes*, en *Réquiem por un campesino*

comentamos, el motivo del crimen son, por capaz de transformar al manso en fiero y al la literatura universal y que Sender había “La madurez del profesor Saint-John” (una de *Cíbola*, publicadas en 1961). En ese relato, el John se convierte en asesino por codicia transforma entonces en experimentado por esa enfermedad del amor que son los

Pérez, quien, harto de su insignificancia, de Vegas, para apurar su amargura jugando a la fortuna y eso atrae las codiciosas miradas de por el casino. De ellas, una joven toda erres aparente como Juan, lo seduce con sus graciosa cubanita que se hace llamar Marilyn todos los hombres, M. Monroe (a quien confiesa en *Monte Odina*), y cuyo nombre Juan: Pérez. No deja de haber ironía en eso norteamericana. Lo cierto es que Pepa-pe, sorbe el seso (y el dinero) de Juanito, que, Su relación es tan absurda que, pudiendo hacerlo en una lengua que ninguno habla apariencias y aquello de no renunciar al papel mismo se cree.

un *cop* (un *poli*), llamado Alex, al que atribuye

calidades que ella sueña en su galán: “feo, nos dice Sender, en uno de esos juegos de palabras que tanto le gustaban. William se siente celoso, pero Marilyn, que lo sabe enamorado, le saca cuanto puede y juega con sus sentimientos creyéndolo incapaz de represalias mayores. Se equivoca. Los celos transforman a cualquiera y al tímido Jack-Jacques, asesino delirante, lo convierte en frío ejecutor cuando obtiene confirmación de la infidelidad de su amada. Él piensa así, eliminado su rival, en convertirse en el hombre de las *tres efes* para su Marilyn Sandra. Pero ella ya ha hecho reparto y a Juanito le toca en suerte ser el amante de las *tres ges* (“guapo, guarango y guitarrero”). Así que la bella sigue buscando su príncipe azul, el hombre que reúna los viriles requisitos de “efebo” que ella exige. Por supuesto, mientras lo encuentra y no, continúa aferrada al amor seguro y proveedor de Juan quien, finalmente, exasperado al comprobar nuevas infidelidades de su doncella, le confiesa, en un rapto de furia posesiva, que él ha sido el asesino de Alex. También corre a decírselo a la policía que, como dije, lo deja pronto en libertad, ignorando su confesión. Harto de todo, asqueado del sexo débil, en un último intento desesperado, Juan-William-Jack-Jacques va a Hollywood para encontrarse con un antiguo amor. Pero la dama se ha casado y es feliz al lado de otro hombre.

De modo que Juan Pérez, verdugo fingido de tantas mujeres, es al final víctima de ellas y por ellas acaba tristemente, arrojándose al vacío. Quedan detrás de él sus fantasmas onomásticos, sus “quiero y no puedo”, sus desdoblamientos de personalidad. Y también un desquite: el de protagonizar

por fin algún suceso, el de ser estrella absoluta en el acontecimiento más importante en la vida de cada cual, que es vivir la propia muerte.

Incluso en el registro detectivesco, género convencional donde los haya, sometido a numerosas regulaciones, muestra Sender un aire personal. El título de la novela resume bien su contenido policiaco, la actitud irónica del novelista, su predisposición al juego lingüístico. Un crimen y tres efes. La insistencia en la tríada de adjetivos que califican al protagonista es herencia del autor más admirado por Sender, don Ramón María del Valle-Inclán, sobre el que escribió su magnífico ensayo *Valle-Inclán y la dificultad de la tragedia*. Entre el marqués de Bradomín de las *Sonatas*, “feo, católico y sentimental”, y la querencia de Marilyn Sandra de un hombre “feo, fuerte y formal” hay, exactamente, la diferencia entre unos tiempos antiguos que, aunque decadentes, son heroicos y un hoy vulgar, perturbado por la inminencia del riesgo atómico que Ramón José sintió en su carne en múltiples ocasiones y del que habló largo y tendido en sus últimas producciones.

Con su habitual estilo directo, sin “ritoricina”, que diría Baroja, la historia de *El crimen de las tres efes* transcurre amena. El aragonés juega con los personajes haciendo que, por momentos, los compadezcamos o nos burlemos de su banalidad y sus estúpidas pretensiones. Hay en el texto esa típica ironía senderiana que nos impide saber si el autor es hombre de sensibilidad o un sátiro cruel que se burla de todo y de todos. En cualquier caso, lo que como lectores resuelta evidente cuando leemos alguna obra suya es que nos encontramos ante un gran escritor, un maestro del oficio de narrar que sabe convencer a su público.

Esperando a Sender: las obras perdidas

En *El crimen de las tres efes* no hallamos, probablemente, al mejor Sender. Pero hay que tenerlo en cuenta de cara a una edición de las obras completas, proyecto en que el propio autor estuvo implicado, sin que pudiera concluirlo. La muerte lo sorprendió cuando preparaba el cuarto tomo. Ahora que se aproxima el centenario de su nacimiento (Chalamera de Cinca, Huesca, 3 de febrero de 1901), confiemos en que, además de fastos, congratulaciones y oropeles, las instituciones retomen la idea de editar su *Opera omnia*, hasta el momento detenida en los tres volúmenes publicados en vida del creador.

Hace falta recuperar textos olvidados, reeditar títulos de sus inicios como escritor: *El problema religioso en México*, *Proclamación de la sonrisa*, *La noche de las cien cabezas*, *Madrid-Moscú...* Hace falta indagar en su obra periodística, aún muy desconocida. Reunir sus prólogos a obras propias y ajenas. Algunas obras senderianas son apenas rastros de un sueño. En *América antes de Colón*, 1930, anunció el escritor dos cuadernillos, *América colonial* y *América actual*, de los que nada se ha vuelto a saber. En *Proclamación de la sonrisa* y *La noche de las cien cabezas*, 1934, cita como obra “de próxima publicación” *Tres novelas de Madrid*, desaparecida sin dejar rastro. ¿Fueron alguna vez carne literaria, existencia real? ¿Vivieron solamente en la memoria del creador?

En sus últimos años, Sender reescribió compulsivamente, en un intento vano de conjurar la muerte, algunas novelas juveniles —*Saga de los suburbios*, *Una hoguera en la noche*, *Orestiada de los pingüinos...*—. ¿Tuvo tiempo de reescribirlas todas? ¿Habría quedado algún cajón secreto del escritor?

Sobre Sender aún hay mucho por decir. Aragón lo necesita. Necesita detectives de la literatura que nos lo recuperen en su integridad. De momento, el misterio continúa.